Franz Kafka

La condena

Traducción de Carmen Gauger

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1972
Tercera edición, revisada conforme a nuevos criterios y con nueva traducción: 2015
Segunda reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Carmen Gauger, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1972, 2024
Calle Valentín Beato, 21;
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-8765-0
Depósito legal: M. 4.840-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Contemplación
11 Niños en la carretera
16 Desenmascaramiento de un timador
19 El paseo repentino
21 Resoluciones
23 La excursión a la montaña
24 La desdicha del soltero
25 El comerciante
28 Mirada distraída por la ventana
29 Volviendo a casa
30 Transeúntes
31 En el tranvía
33 Vestidos
34 El rechazo
36 Para que reflexionen los jinetes
38 La ventana a la calle
39 Deseo de ser piel roja
40 Los árboles
41 Desdicha

47 La condena
65 En la colonia penitenciaria

Un médico rural
107 El nuevo abogado
109 Un médico rural
118 En la galería
120 Un viejo manuscrito
123 Ante la ley
126 Chacales y árabes
132 Una visita a la mina
136 El pueblo más cercano
137 Un mensaje imperial
139 La preocupación del padre de familia
142 Once hijos
149 Un fratricidio
153 Un sueño
156 Un informe para una academia

Un artista del hambre
171 Primer sufrimiento
176 Una mujercita
186 Un artista del hambre
200 Josefine, la cantante o El pueblo de los ratones

225 Conversación con el orante
235 Conversación con el ebrio
241 Estruendo
243 El jinete del cubo

Contemplación

Niños en la carretera

Oía pasar los carros junto a la verja del jardín; a veces los veía también por los intersticios del follaje, que se mecía suavemente. ¡Cómo crujía, en el calor del verano, la madera de los radios y las lanzas! Los obreros del campo volvían del trabajo y reían que era una vergüenza.

Sentado en nuestro pequeño columpio, descansaba entre los árboles, en el jardín de mis padres.

Delante de la verja continuaba el ir y venir. Unos niños acababan de pasar corriendo; carros de espigas con hombres y mujeres sobre las gavillas oscurecían los macizos de flores; a la caída de la tarde veía a un señor que paseaba despacio con un bastón, y unas muchachas que se cruzaban con él cogidas del brazo le saludaban y se apartaban a un lado, a la hierba del borde del camino.

Luego unos pájaros se elevaban como un surtidor, los seguía con la mirada, veía cómo subían casi al unísono hasta que ya no creía que subían sino que yo caía, y de debilidad me agarraba con fuerza a las sogas y empezaba

a columpiarme un poco. Pronto, cuando ya refrescaba, me columpiaba con más fuerza y en lugar de pájaros que volaban aparecían temblorosas estrellas.

Me servían la cena a la luz de una vela. A menudo ponía ambos brazos sobre el tablero y, ya con sueño, mordía mi pan con mantequilla. Las cortinas, perforadas con muchos calados, se hinchaban con la cálida brisa, y a veces alguien que pasaba por delante de la casa las sujetaba con las manos cuando quería verme mejor y hablar conmigo. Casi siempre se consumía pronto la vela y los mosquitos se concentraban en el humo oscuro y seguían revoloteando algún tiempo. Si alguien me hacía una pregunta desde la ventana, yo le miraba como si mirase las montañas, o el aire simplemente, y él tampoco tenía mucho interés en que le diera una respuesta.

Si entonces alguien saltaba sobre el alféizar y me anunciaba que los otros ya esperaban delante de la casa, yo, por supuesto, me levantaba suspirando.

«Bueno, ¿por qué suspiras? ¿Qué ha ocurrido? ¿Es una gran desgracia que no tiene remedio? ¿Nunca podremos recuperarnos? ¿De verdad está todo perdido?»

No estaba perdido nada. Corríamos a la casa. «¡Gracias a Dios, por fin estáis aquí!» «¡Pues tú siempre llegas tarde!» «¿Que yo llego tarde?» «¡Tú, sí, tú! ¡Quédate en casa si no quieres venir con nosotros!» «¡Sin cuartel!» «¿Sin cuartel? ¿Pero qué estás diciendo?»

Atravesábamos la tarde con la cabeza por delante. No existía el día ni la noche. A veces los botones de nuestros chalecos chocaban unos con otros como hacen los dientes, a veces corríamos guardando la misma distancia, con fuego en la boca, como animales de los trópicos. Cual

coraceros de guerras antiguas, pisando fuerte y saltando en el aire, nos dábamos mutuo aliento para bajar la pequeña calle y, ya con ese impulso, continuar después carretera arriba. Algunos se metían en las cunetas y nada más desaparecer en el oscuro talud, estaban ya arriba en el camino vecinal, como personas ajenas, y miraban hacia abajo.

«¡Bajad!» «¡Subid vosotros antes!» «¿Para que nos empujéis hacia abajo? ¡Ni hablar! Tan tontos no somos.» «Tan cobardes sois, queréis decir. ¡Venga, venid, venid!» «¿De verdad? ¿Vosotros? ¿Vosotros vais a empujarnos para abajo? ¡Que os lo habéis creído!»

Nosotros iniciábamos el ataque, nos golpeaban en el pecho y nos tumbábamos en la hierba de la cuneta, dejándonos caer por nuestro propio impulso. Todo estaba igual de caliente, en la hierba no sentíamos ni calor ni frío, sólo cansancio.

Cuando uno se daba la vuelta sobre el lado derecho, y se ponía además la mano bajo el oído, le entraban ganas de dormirse. Uno quería levantarse otra vez, y con la frente bien alta, pero caía en una zanja más honda. Luego, protegiéndose con el brazo y doblando las piernas, quería correr contra el viento y caer luego, seguro, en una zanja más honda aún. Y aquello no tenía fin.

¡Ya habría tiempo de tumbarse en la última zanja, bien estiradas las piernas, para dormir y dormir! Pero en eso apenas se pensaba aún, y uno yacía de espaldas, como un enfermo, a punto de echarse a llorar. Se guiñaban los ojos cuando algún chaval, los codos pegados a las caderas, saltaba por encima de nosotros, oscuras las suelas, del terraplén a la carretera.

A la luna se la veía ya a cierta altura, a su luz pasaba una silla de postas. Se levantaba un vientecillo por doquier, también lo notaba uno en la zanja, y, cerca, empezaba a susurrar el bosque. Entonces ya no se tenía tanto interés en estar solo.

«¿Dónde estáis?» «¡Venid!» «¡Todos juntos!» « ¡Por qué te escondes, no hagas tonterías!» «¿No sabéis que ya ha pasado el correo?» «¡No es posible! ¿Que ya ha pasado?» «¡Pues claro, ha pasado mientras tú dormías.» «¿Que yo dormía? ¡De eso nada!» «Anda, cállate. ¡Si se te nota!» «¡Pero qué dices!» «¡Venid!»

Corríamos aún más en pelotón que antes, algunos iban cogidos de la mano; no se podía levantar del todo la cabeza, porque íbamos cuesta abajo. Alguno lanzaba un grito de guerra indio, las piernas se nos ponían al galope como nunca; al saltar, el viento nos levantaba por las caderas. Nada habría podido detenernos; íbamos tan a la carrera que, incluso al adelantarnos, llevábamos los brazos cruzados y podíamos mirar tranquilamente alrededor.

En el puente del arroyo Wildbach nos deteníamos; los que habían seguido corriendo, regresaban. El agua que corría por debajo golpeaba piedras y raíces como si la tarde no estuviera ya tan avanzada. No había ningún motivo para que alguno de nosotros no se subiera al parapeto del puente.

A lo lejos, tras la maleza, pasaba un tren, todos los vagones estaban iluminados, las ventanillas bien cerradas. Uno de nosotros empezaba a cantar una canción callejera, pero todos queríamos cantar. Cantábamos a mucha más velocidad de la que llevaba el tren, balanceábamos

los brazos porque no bastaba con la voz, con nuestras voces nos embarullábamos, y así nos sentíamos a gusto. Cuando uno mezcla su voz con la de otros, queda enganchado como en un anzuelo.

Cantábamos, pues, con el bosque a la espalda, y nuestro canto llegaba a los oídos de los lejanos viajeros. Las personas mayores seguían despiertas en la aldea, las madres preparaban las camas para la noche.

Era ya hora. Daba un beso al que estaba a mi lado, tendía simplemente la mano a los tres siguientes, empezaba a retroceder por el mismo camino, nadie me llamaba. En la primera encrucijada, cuando ya no podían verme, doblaba por otro sendero y por caminos vecinales me metía de nuevo en el bosque. Me dirigía hacia el sur, a la ciudad de la que decían en nuestra aldea:

«¡Allí hay mucha gente! ¡E imaginaos, no duermen!»

«¿Y por qué no duermen?»

«Porque no tienen sueño.»

«¿Y por qué no tienen sueño?»

«Porque están locos.»

«¿Es que los locos no tienen sueño?»

«¡Cómo van a tener sueño los locos!»

Desenmascaramiento de un timador

Acompañado de un hombre al que yo conocía de antes, pero muy de pasada, y que, inesperadamente, había buscado otra vez mi compañía y me había hecho vagabundear con él durante dos horas por las calles, llegué por fin hacia las diez de la noche a la mansión señorial donde había una velada a la que estaba invitado.

«¡Bueno!», dije al tiempo que daba una palmada para indicar lo inaplazable de la despedida. Ya había hecho antes algún que otro intento menos categórico. Estaba cansadísimo.

«¿Sube usted ya?» preguntó. En su boca oí un ruido como de dientes que rechinan.

«Sí.»

Estaba invitado allí, se lo había dicho enseguida. Pero estaba invitado a subir a la casa, donde tanto me habría gustado estar ya, y no a seguir allí abajo, a pie firme delante de la entrada, con la vista puesta más allá de la cabeza de mi interlocutor. Y ahora, además, también a enmude-

cer con él, como si estuviéramos dispuestos a permanecer mucho tiempo en aquel lugar. Y enseguida participaron de ese silencio las casas de alrededor y la oscuridad que se cernía sobre ellas, hasta las estrellas. Y los pasos de paseantes invisibles, cuyas idas y venidas no tenía uno ganas de adivinar, el viento que iba a dar una y otra vez contra el lado opuesto de la calle, un gramófono que cantaba contra las ventanas cerradas de alguna habitación: todo era audible en aquel silencio, como si el silencio fuera propiedad suya, de siempre y para siempre.

Y mi acompañante se sometió en su nombre y –después de sonreír– también en el mío; levantó el brazo derecho a lo largo de la pared y, cerrando los ojos, apoyó en él su rostro.

Pero esa sonrisa no acabé de verla, porque la vergüenza me obligó a darme la vuelta. Fue esa sonrisa, en efecto, la que me hizo comprender que no era sino un timador. Y yo llevaba ya meses en esa ciudad, creía conocer bien a tales timadores: cómo aparecen por calles laterales por la noche y nos salen al encuentro con los brazos abiertos, como si fueran dueños de algún establecimiento público, cómo se esconden tras la columna de anuncios a la que nos hemos acercado y nos espían asomando un ojo por detrás de ella, como si jugaran al escondite, cómo de pronto aparecen en el bordillo de nuestra acera cuando nos detenemos, medrosos, en un cruce de calles. Y yo los entendía muy bien, pues fueron los primeros con quienes trabé conocimiento en las pequeñas tabernas de la ciudad, y ellos me ofrecieron por primera vez el espectáculo de una tenacidad cuya presencia en la tierra me parecía ahora tan ineludible que ya empezaba a sentirla dentro

de mí. ¡Y seguían plantados delante de uno, incluso cuando ya se había quitado uno de en medio hacía tiempo, cuando, por tanto, ya no tenían nada a lo que echar la zarpa! Y se negaban a sentarse, pero no caían al suelo, sino que lo miraban a uno con miradas que, aunque lejanas, seguían convenciendo! Y sus métodos eran siempre los mismos: se plantaban con toda su humanidad delante de nosotros; trataban de impedir que llegáramos adonde queríamos ir; a cambio, nos preparaban una morada en su propio pecho, y si al final se rebelaba todo nuestro ser, ellos lo tomaban como unos brazos abiertos en los que se arrojaban, el rostro por delante.

Y esos viejos trucos yo no los reconocí esta vez hasta después de habernos tratado tanto tiempo. Me froté las yemas de los dedos para desvirtuar esa vergüenza.

Pero allí seguía apoyado mi hombre, como en tiempos pasados, aún se tenía por un timador, y su destino le producía una satisfacción que le teñía de rojo la mejilla libre.

«¡Te he calado!», dije dándole unos golpecitos en el hombro.

Luego subí corriendo la escalera, y los rostros tan hondamente leales de la servidumbre, arriba, en el vestíbulo, me alegraron como una hermosa sorpresa. Los miré a todos, uno por uno, mientras me ayudaban a quitarme el abrigo y me cepillaban las botas. Luego, erguido y respirando hondo, entré en la sala.

El paseo repentino

Cuando por la noche uno parece haber decidido definitivamente quedarse en casa, se ha puesto el batín, está sentado después de la cena ante la mesa iluminada y ha empezado con tal trabajo o con tal juego, terminado lo cual uno suele irse a la cama; cuando fuera hace un tiempo desapacible que normalmente invita a quedarse en casa; cuando uno ha permanecido ya tanto tiempo sentado a la mesa que marcharse tendría que provocar asombro general; cuando además la escalera ya está oscura y el portal cerrado con llave y cuando, pese a todo ello, uno se levanta atacado de un súbito malestar, se cambia de chaqueta, aparece enseguida vestido de calle, declara que tiene que marcharse, lo hace en efecto tras una breve despedida, cree dejar a sus espaldas más o menos irritación según lo deprisa que salga del piso dando un portazo; cuando uno se ve de nuevo en la calle con unos miembros que reaccionan con especial movilidad ante esa ya inesperada libertad que se les ha otorgado; cuando debido a

esa sola decisión uno siente acumulada en su persona toda la capacidad de decisión; cuando uno reconoce, dándole a esta reflexión más importancia que de costumbre, que tiene el poder, más que la necesidad, de provocar y de soportar fácilmente el más rápido de los cambios, y cuando se recorren así las largas calles: entonces uno se ha separado por esa noche totalmente de su familia, que se hunde en lo insustancial, mientras que, lleno de firmeza, con precisos contornos en la oscuridad, golpeándose los muslos, se yergue en su verdadera estatura.

Todo se intensifica más aún si a esas tardías horas nocturnas se va a casa de un amigo para saber cómo le va.

Resoluciones

Salir de una situación desdichada tiene que ser fácil aun cuando uno aplique toda su energía. Haciendo un esfuerzo me levanto de la butaca, rodeo la mesa, movilizo la cabeza y el cuello, pongo fuego en los ojos, tenso los músculos que los rodean. Hago frente a todo sentimiento, saludo con entusiasmo a A., que va a llegar ahora, soporto amablemente a B. en mi habitación, con C. ingiero a bocanadas, pese al sufrimiento y al esfuerzo, todo lo que habla.

Pero aun así, con cada error, que es imposible dejar de cometer, quedará todo bloqueado, lo fácil y lo difícil, y otra vez tendré que empezar desde cero.

Por eso el mejor consejo sigue siendo aceptarlo todo, comportarse como un peso muerto aunque uno se sienta ligero como el viento, no dejarse llevar a dar un paso innecesario, mirar al otro con mirada de animal, no sentir arrepentimiento alguno, en resumen, aplastar con la propia mano el fantasma de vida que aún queda, es decir, au-

mentar más aún el último silencio de la tumba y no dejar que exista nada fuera de él.

Un movimiento característico de tal estado es pasarse el dedo meñique por las cejas.

La excursión a la montaña

«No sé», exclamé con voz velada, «de verdad, no sé. Si no viene nadie, pues que no venga nadie. Yo no he hecho nada malo a nadie, nadie me ha hecho nada malo a mí, sin embargo nadie quiere ayudarme. Absolutamente nadie. Pero no es así. Lo único es que nadie me ayuda, de lo contrario sería agradable estar con absolutamente nadie. Me gustaría mucho –¿por qué no?– hacer una excursión con un grupo de absolutamente nadie. A la montaña, por supuesto, ¿adónde si no? ¡Cómo se empujan unos a otros esos nadies, esos numerosos brazos extendidos y agarrados unos a otros, esos numerosos pies separados por pasos minúsculos! Se comprende que todos vayan de frac. Nosotros no caminamos ni bien ni mal, el viento pasa por los huecos que dejamos nosotros y nuestras extremidades. ¡En la montaña se aclara la garganta! Es un milagro que no cantemos.»

La desdicha del soltero

Parece tan duro quedarse soltero, ser un hombre de avanzada edad y, manteniendo a duras penas la dignidad, pedir que lo reciban a uno cuando se quiere pasar una tarde con seres humanos; estar enfermo y desde la cabecera de la cama contemplar durante semanas el cuarto vacío; despedirse siempre delante del portal de la casa, no subir a toda prisa la escalera al lado de la mujer; no tener en la habitación sino puertas laterales que llevan a pisos ajenos; volver a casa llevando la cena en una mano; tener que admirar a los hijos de otros y no poder repetir continuamente: «Yo no tengo hijos»; tomar como modelo, en la apariencia y el comportamiento, a uno o dos solteros que uno recuerda de cuando era niño.

Eso será así; pero también, hoy y más tarde, estará uno aquí en la realidad, con un cuerpo y con una cabeza real, por tanto también con una frente para golpeársela con la mano.

El comerciante

Es posible que algunas personas me compadezcan, pero yo no lo noto. Mi pequeño negocio me colma de preocupaciones que me hacen sentir un dolor interior en la frente y en las sienes, pero sin ofrecerme perspectivas satisfactorias, porque mi negocio es pequeño.

He de tomar disposiciones con horas de anticipación, mantener activa la memoria del empleado, prevenirle contra errores que pueda cometer y calcular en una estación del año las modas de la siguiente, no las que imperarán entre la gente de mi ambiente sino entre la inaccesible población campesina.

Mi dinero lo tienen personas ajenas; no puedo ver con claridad su situación material; no adivino la desgracia que podría acontecerles; ¡cómo voy entonces a poder prevenirla! Quizás son derrochadores y dan una fiesta en algún local con jardín, y otros demoran su huida a América y se quedan algún tiempo en esa fiesta.

Cuando por la noche de un día laborable se cierra la tienda y de pronto veo horas por delante en las que no